



Ser para la vida Ser para la muerte

Pablo Rispo

¿Quién vive la vida?

Quién modifica su existencia buscando la creatividad. No reincidiendo en los eternos hábitos y conductas.

Vive quien busca en el cambio su propio ser, en el riesgo, a sabienda que puede equivocarse, quien encuentra en el desconocido otro, quien le puede expresar quien es.

Vive quien encuentra en la pasión su sentido de vivir, por más que de una u otra forma, es transitoria e inútil.

Vive quien puede darse cuenta que lo que podemos vivenciar, no es un servicio y por lo tanto no sirve para nada y para nadie.

Vive quien busca un encuentro en las miradas de los otros, por más ajenos pueden llegar a ser.

Vive quien alguna vez, en su vida, se pudo haber “calentado” y pueda hacerlo por algo o por alguien; quien en el convencimiento de su verdad utópica, pueda hacerlo proyecto para terminar en su firme propósito de una obra para la humanidad y para su propia existencia.

Vive quien conoce el mundo ajeno, otras culturas, otros paisajes y principalmente otros hábitos y costumbres para poder llegar a hacerlos propios y compartirlos.

Vive quien lee, quien oye música y pueda cantar, reírse de sí mismo y de sus propias manifestaciones creativas o absurdas.

Vive quien sabe cultivar su amor propio y por tal razón, se permita ser ayudado por otro de la ajenidad.

Vive quien sabe aceptar su propia suerte de haber caído a este mundo, a pesar de no haberlo elegido.

Vive quién sabe compartir su propia vida, la misma existencia personal y poder construir un Nosotros Amoroso, para terminar en una auténtica Nostridad, y que nada ni nadie pueda apartarlo del originario proyecto de tratar de ser y compartir la propia intimidad.

Vivir, siempre es un simple momento de una “sístole” existencial, que deviene en una “diástole”, cuando no podemos abandonarnos en el próximo que nos cuida.

Sólo una auténtica perseverancia de un estoicismo, hará que podamos alcanzar brindando un sentido de plenitud. Esta circunstancia y posibilidades dará el sentido de transitar una misma intencionalidad, con una semejante expresión afectiva hasta la finitud mis

El camino de la propia estructuración y organización del propio ser, es recorrido y transitado desde la personal caída al mundo, como el sentido de hacerlo desde lo biológico a lo social, de lo comunitario a lo vital. En el medio de estos dos extremos y como doble posibilidad de recorrer dicha senda, debe darse que ese ser arrojado al mundo, tenga la capacidad y posibilidad de ser o no-ser, cuando también puede ser y no-ser al mismo tiempo si le toca ser un ser oncológico.

En estas dos vertientes, es como el ser humano se contrae y se relaja, creando en cada una de las circunstancias, su propia posibilidad de dirigirse hacia una intimidad, o hacia la alteridad ajena, cuando, no, en un diálogo de autenticidad, pueda compartir la misma intimidad con otro ser en situación de reciprocidad.

En el transcurso espacio-temporal de la existencia, cada ser humano se hallará con adversidades personales y ajenas. Cada una de ellas previene de la mundanidad, tanto personal como ajena y que constituyen situaciones de encuentro.

El modo de ser oncológico, no deja de ser una expresión de la relación con la realidad circundante, en su propio modo de ser-en-el-mundo.

Cuando digo mundo, quiero significar todo lo familiar y su manera de ser conciente que un miembro de una familia se halla en el cierre de su existencia y frente a la finitud. Todo el mundo amistoso, que también tendrá entereza o no de hacer frente a la finitud de una amistad.

Todo el mundo laboral, social en general, que también tendrá que aceptar –ya que cualquier oncológico es una presencia viva de una finitud, de acuerdo a una sintomatología de un mito de muerte- que la existencia es inevitablemente finita.

Pareciera que el ser humano necesita perpetuarse en la eternidad para no morir, sin saber que siempre fue, es y será un "proyecto de dios fracasado".

El ser humano llega a este mundo con el sentido esencial de ser-para-la vida. Pero al parecer el mismo ha confundido que ser-para-la-vida, no es sinónimo de que sea para la eternidad. Más bien y por ser-para-la-vida es indefectiblemente para la Finitud. Los seres humanos tenemos demasiado poco tiempo para insertarnos en el mundo, escaso tiempo para hallar otro para compartir una existencia. Es un troncado modo de coexistir, cuando se es oncológico y un exiguo tiempo para hacer una obra para la humanidad, y dejar la presencia de haber estado en este mundo antes de partir, de finar.

Sin embargo ser para la Finitud, no resulta ser ese sinónimo de ser-para-la muerte.

Es cierto que cualquier diagnóstico de cáncer, nos acerca al momento de la muerte, se nos hace presente la finitud misma y la obligatoriedad de tener que separarse de todas las cosas y de todos los seres amados. Sin embargo, el hecho de conocer la proximidad de la finalización de la vida, es un acontecimiento que no nos damos cuenta qué sucede todos los días en cada instante. En todo momento y de repente cualquier evento puede ser el heraldo de la finitud y nos sitúa en la condición de tener que saber dejar lo amado alguna vez.

Nadie tiene la seguridad de una vida comprada, de una vida regalada. Si alguna vez alguien decidió que viniéramos a este mundo, habrá sido con la finalidad de que podamos vivir, existir y co-existir, por más que puede ser definitivamente transitorio.

Ser-para-la vida se torna un sentido intrínseco y esencial a través de una tarea, de una actividad, en la búsqueda de esa propia identidad.

Ser-para-la-muerte, implica toda una posibilidad de una caída existencial, en la medida en que los "juegos de posibilidades", den lugar a situaciones devengadas de una concepción de muerte, de finalización y de mundo terminal.

Lo oncológico es en sí mismo la presencia de una finalización cercana o lejana. Pero también es un aviso para que cualquier ser humano pueda "apurar" el paso, para ir cerrando la propia existencia en la modalidad de saber "saldar los cuentas afectivos e intentar concluir con una "buena forma", por más que cada existencia es una "Sinfonía inconclusa". Siempre dejamos algo pendiente, la posta como para que alguien la puede tomar y seguir haciendo parte de una historia vivida.

La alternancia entre "sístole-diástole" existencial, entre vida y muerte, en ese período tendremos que dar sentido a la vida misma, a la propia existencia en la medida de una coexistencia auténtica de acuerdo a un proyecto de vida, de un propósito sentando las bases de un modo de concebir el mundo como para que la existencia tenga un sentido ético, estético e histórico, expresado en las obras hechas y dejadas para la humanidad.

Ser oncológico resulta ser una condición circunstancial y que no siempre conduce a la muerte.

Puede ser un “aviso” de que nos queda un tiempo y un espacio, para poder intentar resurgir después de la caída existencial, y no únicamente quedar en el abandono y esperar la finalización de la vida.

En la actualidad, el criterio médico-oncológico, es que si no se puede curar, válido es intentar cronificar el proceso evolutivo y así tener más tiempo de vida. Tiempo de coexistencia para terminar en la libertad de haber sido.

Lo que sí podemos afirmar es que ningún ser oncológico o ningún ser humano, ante la vivencia de muerte cercana, podrá seguir siendo de la misma que otro semejante que pueda transitar por un modo de ser no oncológico.

El ser y el no-ser que anida en un ser oncológico, no debería ser una razón para abandonarse y dejarse morir, sino que debería devenir en un seguir siendo un ser comprometido consigo mismo y con la alteridad ajena.

Prof. Dr. Pablo Rispo